

su prosodia se había incorporado ya en la métrica de nuestros poetas palaciegos, y nadie se cuidaba de su origen.

Reaparecen también en el *Arte de trobar* ciertos conceptos generales de la preceptiva clásica: la distinción aristotélica entre la ciencia y el arte, definido como conjunto de *observaciones sacadas de la flor del uso de varones doctísimos é reducidas en reglas é preceptos*; la alianza del ingenio y del estudio, tal como en la *Epístola á los Pisones* se recomienda: «Bien sé que muchos contenderán para esta facultad ninguna otra cosa requerirse salvo el buen natural, y concedo ser esto lo principal y el fundamento; mas también afirmo polirse y alindarse mucho con las observaciones del arte, que si al buen ingenio no se juntase el arte, sería como una tierra frutífera y no bienlabrada». Pero de los críticos antiguos á quien con más frecuencia cita es á Quintiliano, y en su doctrina sobre la educación del orador se apoya para inculcar al poeta la observancia de los preceptos de la elocución pura, elegante y alta, y el continuo ejercicio de la lectura en los mejores autores latinos y vulgares para formar el estilo y adquirir copia de sentencias. Y aun en la parte métrica procede con ciertas aspiraciones clásicas, solicitando en el poeta entendimiento, no ya sólo de los géneros de versos, sino de los pies y de las sílabas y de la cantidad de ellas, si bien en esta parte no va tan lejos como el maestro Nebrija, que, asimilando nuestros metros á los latinos, encontraba en los romances tetrametros yámbicos, y en los versos de arte mayor adónicos doblados. Juan del Enzina no entra en tan eruditas disquisiciones, para las cuales se reconoce fal-

to de saber; y traza un brevisimo arte de versificación enteramente práctico, reduciéndose lo demás del tratado á algunas observaciones de puntuación y lectura y á otras bastante sensatas sobre las *licencias* y los *colores poéticos*, de los cuales dice que no se deben usar muy á menudo, porque «el guisado de mucha miel no es bueno sin algún sabor de vinagre» (1).

Más claramente todavía que su Poética (en la cual luchan dos influencias contrarias y quedan muchos vestigios del gusto de la Edad Media) marca la dirección de Juan del Enzina en las vías del Renacimiento clásico, muchos años antes de su ida á Italia, su traducción libre, ó más bien adaptación, de las *Bucólicas* de Virgilio al metro castellano: la más antigua que yo sepa que de ningún poeta latino se intentase en esta forma. Las traducciones de la *Eneida*, de las *Metamorfosis*, de las *Heroidas*, de la *Farsalia* y de las *Tragedias de Séneca*, hechas en el siglo xv, habían sido en prosa, generalmente rudísima, calcando groseramente el texto al modo de las versiones interlineales, sin ninguna atención al sentido poético, y con un hipérbaton tan estrafalario y pedantesco que para entender la versión es preciso recurrir continuamente al original. Juan del Enzina, que era poeta, procedió con las *Bucólicas* muy de otra manera que D. Enrique de Villena con la *Eneida*, y en vez de prosa crespa, dislocada y rimbombante, hizo hablar al mantuano en coplas de arte menor, muy anacrónicas ciertamente, pero fáciles

(1) He reimpresso dos veces este tratadito, primero en los apéndices al tomo II de la *Historia de las ideas estéticas en España*, y después en el tomo V de esta ANTOLOGÍA.

y graciosas. Interpretó libremente á Virgilio con un desenfado que ya degenera en irreverencia y parodia, cambiando los asuntos de las églogas, aplicándolas á las circunstancias históricas de su tiempo, haciendo hablar á los pastores arcádicos la lengua de los labriegos del campo de Salamanca: todo esto con brío, con desenvoltura, sin romper los odres bastante estrechos de la versificación cortesana, pero derramando en ellos, aunque á pequeñas gotas, un licor mucho más suave y exquisito que el que antes solían contener.

No se le ocultaban las dificultades de su empresa: lo poco trabajada que estaba todavía nuestra lengua poética para tales ensayos, lo que él llama: «el gran defecto de vocablos que hay en la lengua castellana en comparación de la latina; de donde se causa en muchos lugares no poderles dar la propia significación, cuanto más que por razón del metro é consonantes será forzado algunas veces de impropriar las palabras, é acrecentar é menguar, según hiciese á mi caso, é aún muchas veces habrá que no se pueda traer al propósito... Mas en cuanto yo pudiere é mi saber alcanzaré, siempre procuraré seguir la letra aplicándola á vuestras más que reales personas, y en derezando parte dellas al vuestro muy esclarecido príncipe D. Juan. Por no engendrar fastidio á los lectores desta obra (añade en la dedicatoria al Príncipe) acordé de la trobar en diversos géneros de metro y en *estilo rústico*, por armonizar con el poeta que introduce personas pastoriles.»

Indicaremos algunas de estas aplicaciones á la historia contemporánea. En la égloga primera: Melibeo... «habla en persona de los caballeros que fueron despo-

»jados de sus haciendas, por ser rebeldes, conjurando con el Rey de Portugal que de Castilla fué alzado»; y Titiro, en nombre de los arrepentidos, que no perseveraron en su rebeldía y contumacia contra la Reina Católica.

Aun es más singular la transformación de la égloga segunda, donde el hermoso Alexis, por quien suspiraba el pastor Coridón, está transformado en Fernando el Católico, á cuyo favor aspira el poeta:

Coridón, siendo pastor
 Trovador,
 Muy aficionado al Rey,
 Espejo de nuestra ley,
 Con amor
 Deseaba su favor;
 Mas con mucha cobardía
 No creía
 De lo poder alcanzar.
 Por los montes se salía
 Cada día
 Entre sí solo á pensar...

La égloga tercera está aplicada «á los privados del señor Rey D. Enrique, y á muchos grandes que con envidia dellos, é aun ellos mismos entre sí, sembraron gran discordia en nuestra Castilla, é algunos dellos tentaron alzar por Rey al Príncipe D. Alfonso su hermano... E con esto las maldades tanto se multiplicaron y enjambraron en este reino, que no solamente lo de la corona real, mas aun las propias haciendas unos á otros se robaban, é como malos pastores ordeñaban ajenas ovejas.»

La pintura de la nueva edad de oro, del restaurado imperio de Saturno y Rea, que se profetiza en la églo-

ga cuarta, el poeta, prescindiendo de la interpretación que era tradicional en las escuelas cristianas, la trae al tiempo de los Reyes Católicos, en que «ya los menores no saben qué cosa es temer las sinrazones é demasías que en otro tiempo los mayores les hacían», y en que «la Santa Inquisición va acendrando é cada día esclareciendo nuestra fe: ya no se sabe en estos reinos qué cosa sean judíos; ya los hipócritas son conocidos, é cada uno es tractado según vive...»

El pastor Dafnis de la égloga quinta es «el muy desdichado príncipe de Portugal», esposo de la infanta Doña Isabel, hija de los Reyes Católicos.

En la égloga séptima, el pastor Coridón (bajo cuyo disfraz se encubre el mismo Juan del Enzina) canta ó llora «la soledad que Castilla sentía cuando los reyes iban á Aragón...»

En la octava (cosa que el más lince no pudiera sospechar), los amores y hechicerías de la *pharmaceutria* sirven para alusiones á la derrota de la Ajarquia ó de las lomas de Málaga, y al «crecido amor que nuestro cristianísimo rey D. Hernando tenía en la conquista del reino de Granada.»

Esta colección de trovas ó parodias está generalmente versificada en octosílabos de pie quebrado, combinados en estrofas de ocho, nueve, diez, once y doce versos. Por excepción, el *Sicelides Musce*, á causa de la solemnidad de su argumento y estilo, y como si el intérprete obedeciese á la intimación del *Paullo maiora canamus*, está traducido, con mucha valentía, en diez y seis coplas de arte mayor.

El estudio que empleó en esta versión libre y paráfrastica de las églogas de Virgilio, debió de adiestrar

á Juan del Enzina en el manejo del diálogo, que luego aplicó á sus propias *églogas* y *representaciones*, muchas de las cuales no tienen más acción dramática que las Bucólicas antiguas, y sólo se distinguen de ellas en su carácter realista y á las veces prosaico y de actualidad, y en la menor presencia de elementos descriptivos. Leyendo á Juan del Enzina, no es aventurado decir que la égloga de Virgilio tuvo alguna influencia en los primeros vagidos del drama español, cuando todavía estaba en mantillas. Para el humanista significa poco la traducción de Enzina; mucho para el historiador de la literatura española.

Entrando ya en el examen de las poesías originales de Juan del Enzina, que realmente *escribió demasiado*, según la opinión de Juan de Valdés, y es, sin duda, uno de los ingenios más desiguales que pueden encontrarse, empezaremos por advertir que en su *Cancionero* las poesías sagradas valen menos que las profanas, y las composiciones largas menos que las cortas, y los versos de arte mayor mucho menos que los villancicos y las glosas. Juan del Enzina había recibido de la naturaleza algunos de los dones poéticos más esenciales: oído musical muy fino, y ejercitado con el cultivo simultáneo de las dos artes; imaginación fresca y viva, que reproduce con amenidad, aunque de un modo superficial, ciertos aspectos de la naturaleza y de la vida rústica; vena cómica fácil é inofensiva; ingenuidad de sentimiento; alma de poeta popular, á veces. Pero le faltaron otros dones aun más excelsos, y por eso, más que por falta de pulimento y de estudios (puesto que los tuvo desde su mocedad, como hemos visto), y también por haber nacido en una época de transición á la cual

sólo un ingenio de primer orden hubiera podido sobreponerse, no llegó nunca á las alturas de la gran poesía, rara vez mostró verdadera pasión, se contentó con ser un poeta agradable, gastó la mejor parte de su talento en devaneos y juguetes sin consistencia, y, á pesar de sus inconstantes aspiraciones clásicas, continuó perteneciendo á la Edad Media. No fué verdaderamente innovador más que en el teatro, que es su principal gloria.

Las obras á lo divino son siempre la parte más endebles en los Cancioneros del siglo xv: parecen escritas sin devoción y como de compromiso para hacer pasar la libertad de las coplas profanas que vienen después. No hace excepción á esta regla Juan del Enzina en las composiciones, algunas de ellas de formidable extensión, que dedicó á su señora la Duquesa de Alba (Doña Isabel Pimentel) sobre la Natividad de Nuestro Señor, sobre la fiesta de los tres Reyes magos, sobre la Resurrección de Cristo, sobre la Asunción de Nuestra Señora y otros temas piadosos. Su cristiana musa se ejercitó también en loor de algunas iglesias nuevamente edificadas en las diócesis de Salamanca y Zamora; y ensayó la versión de algunos salmos, como el *Miserere*; de algunos cánticos de la Sagrada Escritura, como el *Magnificat* y el *Nunc dimittis*; de algunos himnos, como el *Ave Maris Stella*, el *Quem terra pontus*, el *Vexilla regis*, y el *Te Deum laudamus*; y, finalmente, puso en verso el *Pater Noster*, el *Ave María*, el *Credo* y la *Salve*. Son notables algunas de estas traducciones por su fidelidad casi literal; pero ni en ellas ni en las poesías originales hay nada que recuerde la ternura y la suave efusión de Fray Iñigo de Mendoza

y de Fray Ambrosio Montesino, ni menos la robusta entonación del cartujano Padilla. Algunos villancicos agradan, no obstante, por su misma sencillez inafectada; verbigracia, los que principian:

Quien tuviere por señora
La Virgen Reina del Cielo,
No tenga ningún recelo.
.....
¿A quién debo yo llamar
Vida mía,
Sino á ti, Virgen María?...

La música que acompaña á este último es de las más lindas y expresivas, según dictamen de Barbieri. Pero poéticamente son muy inferiores estas coplas á los villancicos profanos, siendo digno de notarse que el mismo Juan del Enzina trovó á lo divino algunos de los que antes había compuesto á lo humano. Sirva de ejemplo el villancico dialogado que empieza:

¿Quién te trajo, caballero,
Por esta montaña oscura?—
¡Ay, pastor, que mi ventura!...

Cuya trova ó parodia á lo divino es esta:

¿Quién te trajo, Criador,
Por esta montaña oscura?—
Ay qué tú, mi criatura...

Y tan popular debió de hacerse, que sirvió de tema para otras poesías espirituales, entre ellas dos de Fray Ambrosio Montesino:

¿Quién te trajo, Rey de gloria,
Por este valle tan triste?—

¡Ay hombre! tú me trajiste...

.....
¿Quién te dió, Rey, la fatiga
Deste sudor extremado?—

¡Ay hombre! que tu pecado...

Siendo de notar que esta última fué escrita por mandado de la Reina Católica.

La visión alegórica, en el estilo de los imitadores de Dante y Petrarca, y en las formas métricas consagradas por Juan de Mena y el Marqués de Santillana, contó entre sus más asiduos cultivadores á Juan del Enzina; pero tampoco en este género, que por lo artificial y pomposo cuadraba mal con su índole, puede decirse que brillara mucho, quedando por de contado inferior, no sólo á Juan de Padilla, que á trechos muestra condiciones de gran poeta, sino al mismo Diego Guillén de Avila, que no pasaba de versificador lozano y abundante. Estas obras del vate salmantino son, entre otras, el *Triunfo de Amor*, dedicado al primogénito de los Duques de Alba, D. García de Toledo, á quien sus malos hados destinaban á recibir en 1510, desventurada, aunque gloriosa muerte, en los Gelves; el *Triunfo de la Fama*, compuesto en 1492 para celebrar la rendición de Granada; y la *Tragedia trovada á la dolorosa muerte del príncipe Don Juan*, en 1497 (1). Este funesto suceso, que también lloraron con acentos de verdadero y patriótico dolor el Comen-

(1) Por ser posterior en un año á la primera edición del *Cancionero*, no pudo entrar en él; pero se imprimió aparte, en un pliego rarísimo, de letra gótica, cuatro hojas en folio, de papel y tipos idénticos á los del *Cancionero*, al fin del cual se halla encuadernado en el ejemplar de la Academia Española.

dador Román y otros poetas de entonces, dió pretexto á Juan del Enzina para setenta y seis octavas de arte mayor, que empiezan de esta pedantesca manera, tan impropia de una lamentación:

Despierta, despierta tus fuerzas, Pegaso.
Tú que llevabas á Belerofonte;
Llévame á ver aquel alto monte,
Muéstrame el agua mejor del Parnaso.
Do cobre el aliento de Homero y de Naso,
Y el flato de Maro, y estilo de Anéo;
Y pueda alcanzar favor sofocléo,
Cantando en España muy mísero caso...

Algo más vale el *Triunfo de la Fama* (escrito poco después de haber terminado la versión de las *Eglogas* de Virgilio). Y en efecto, era casi imposible que tan magno acontecimiento como la consumación de la Reconquista dejase de tener algún eco sonoro en la lira de un poeta tan nacional, aun cuando usase las formas de la poesía cortesana. Pero el maldito artificio alegórico, reforzado con una erudición indigesta y de mala ley, lo estropea todo. Pisando servilmente las huellas de sus predecesores, y repitiendo visiones que cada vez iban siendo más empalagosas, Juan del Enzina se supone transportado á la fuente Castalia, «á do vió á muchos poetas beber por cobrar aliento de gran estilo». Es curiosa la enumeración de los españoles:

Allí también vi de nuestra nación
Muy claros varones, personas discretas,
Acá en nuestra lengua muy grandes poetas,
Prudentes, muy dotos, de gran perfección:
Los nombres de algunos me acuerdo que son
Aquel excelente varón Juan de Mena,
Y el lindo Guevara, también Cartagena,
Y el buen Juan Rodríguez, que fué del Padrón...

Don Iñigo López Mendoza llamado
Muy noble Marqués que fué en Santillana,
Aquel que dejó doctrina muy sana,
También con los otros allí fué llegado:
Y el sabio Hernán Pérez de Guzmán nombrado,
E Gómez Manrique también allí vino,
E el claro Don Jorge, su noble sobrino,
E más otros muchos que tengo olvidado.

Así que después que todos vinieron
Cercaron la fuente con gran procesión,
Tañendo é cantando con mucha afición,
E todos en orden del agua bebieron:
A questo pasado, de allí se partieron,
E fuéronse luego por esas montañas,
Adonde tenían los unos cabañas,
Los otros sus cuevas en que se metieron.

Yo que me estaba muy bien escondido,
Metido en la mata ya había gran rato,
Pasó Juan de Mena, cuando no me cato,
Tan cerca de mí que luego me vido:
Después que me tuvo muy bien conocido
E supo la causa de mi caminar,
Mandóme en la fuente beber é hartar
Porque gozase descanso cumplido.

Juan de Mena, pues, cuyo *Labyrintho* va remedando
Enzina en lo que tiene de menos loable, es el guía que
encamina los pasos del poeta al *templo de la Fama*, en
cuyas varias estancias ve figuradas y entalladas las
historias de griegos y romanos y las de su propia na-
ción, entre las cuales atraen principalmente sus ojos
las glorias de Isabel y de Fernando, que enumera en
versos no enteramente malos, pero de más entusiasmo
patriótico que fuerza poética :

Estaban encima de su real silla
Pintadas las guerras, batallas venciendo,
A los portugueses matando y prendiendo,

Lanzándolos fuera de nuestra Castilla:
La fuerte batalla que puso mancilla
En sus corazones cubiertos de lloro:
Del todo vencidos allá cabe Toro,
Y en Cantalapiedra dejaron la villa.

Allí vi también que estaban pintados
Dos mil robadores, ladrones, traidores,
E de otras maneras otros malhechores
Por modos diversos allí justiciados:
Al un cabo estaban herejes quemados,
E al otro la Fe muy mucho ensalzada;
Por un cabo estaba la Santa Cruzada,
Por otro salían judíos malvados.

Vi luego pintada después de estas cosas
La guerra de moros muy bien guerreada
De todo aquel reino que llaman Granada,
Con sus serranías muy mucho graciosas.

Lo flaco y lo fuerte, por fuerza ó por grado,
Vasallos ó siervos sujetos quedaban,
Los unos vencidos, los otros se daban,
Y allí vi también su Rey cativado.

Y en cabo de todo vi grandes torneos,
Y justas reales, y cañas y toros,
Ganada Granada, llorando los moros,
Que vían cumplidos ya nuestros deseos:
Y al Rey y á la Reina con rostros febeos
Regir Occidente con buenas fortunas
Desde las viejas hercúleas columnas
Hasta los altos montes Pirineos...

En esta última estancia el autor se levanta un poco
en alas de la grandeza de la materia; y es también un
rasgo poético y feliz el presentar por remate del cua-
dro histórico á los más famosos maestros de la estatua-
ria griega, á los Lisipos, Praxiteles y Fidias, labran-
do el trono del príncipe D. Juan,

Gran príncipe nuestro, de príncipes flor...

trono que el destino, encarnizado siempre con España aun en la cumbre de su poderío, no había de permitirle ocupar; trocando en paños de dolor las vestiduras de regocijo, y en elegías los cantos triunfales.

Si por su interés histórico puede soportarse la lectura del *Triunfo de la Fama*, no sucede lo mismo con el *Triunfo de Amor*, que quizá supera en pesadez á todos los innumerables *Triunfos* y *Triunfetes* que compusieron los malos imitadores del Petrarca. En esta insulsa visión, que consta nada menos que de 1.350 versos, no falta ninguno de los ornamentos propios del género: el obligado sueño del poeta («sueño con caídas de modorra» que hubiera dicho Gallardo), la aparición del Dios Cupido, la descripción de los palacios de la *Libertad*, de la *Razón* y de la *Ventura*; las fiestas que se celebraron en el alcázar de Venus, que era un castillo de cuatro torres, donde estaba la *Sensualidad* de portera; el gran banquete á que asistieron la *Hermosura* y la *Prudencia*; con otras invenciones no menos nuevas y divertidas que éstas, y por supuesto con una interminable retahila de nombres históricos y mitológicos, puestos unos tras de otros, como en un padrón de vecindad. Lo único curioso que este poema contiene es una enumeración de los instrumentos musicales usados en tiempo del autor.

Pertenecen igualmente al género más trivial de la poesía de los Cancioneros, como ya sus títulos lo indican, el *Testamento de Amores*, la *Confesión de Amores*, la *Justa de Amores*: argumentos, si tal nombre merecen, tratados antes de él por innumerables trovadores.

Juan del Enzina, que á juzgar por las confesiones

que hace en sus obras, debía de ser muy enamorado, no acertó, como tampoco ningún otro de su escuela, con la sincera expresión del sentimiento amoroso, como no fuese en alguna de sus églogas dramáticas; pero se lució mucho en el discreteo galante, compitiendo con el mismo Alvarez Gato, á quien se parece hasta en la irreverente mezcolanza de lo sagrado y lo profano. En este género un tanto pecaminoso son una delicia las *coplas á su amiga en tiempo de Cuaresma*.

Para la poesía frívola, vulgarmente llamada de sociedad, tenía Juan del Enzina especial aptitud. Con amenidad y sin esfuerzo la hacía brotar de las circunstancias más triviales de la vida: coplas á tres gentiles mujeres, la una dueña, la otra beata y la otra doncella, que le demandaron colación, y á las cuales envía por burla un cuarto de carnero, enseñándoles el modo de guisarle: coplas, más ideales y delicadas, á una señora que, paseando por el campo, le dió un manojo de alhelios blancos y morados, con otras flores que se llaman maravillas: coplas á otra dama que le pidió un gallo para correr en su nombre.

Su genio blando é inofensivo, rara vez muestra una punta satírica, como en las «coplas hechas en nombre de una dueña á su marido, porque siendo ya viejo tenía amores con una criada suya.» Sus versos de burlas, que más bien pudieran llamarse de recreación y pasatiempo, son de todo punto inofensivos, y parecen la expansión de un ánimo regocijado, que sólo se propone hacer reír acumulando desatinos é incongruencias. Tiene en este género tres composiciones bastante chistosas, la *Almoneda*, el *Juicio sacado de lo más cierto de toda la astrología*, y los llamados por an-

tonomasia *Disparates* de Juan del Enzina. La *Almoneda* es el inventario del pobre ajuar de un estudiante perdido, que le malbarata para ir á Bolonia:

Los que quisieren mercar
Aquestas cosas siguientes,
Mírenlas é paren mientes,
Que no se deben tardar:
Porque después de cenar
El bachiller Babilonia
Las quiere malbaratar;
Que se quiere ir á estudiar
Al estudio de Bolonia.

.....

Primeramente un Tobías
E un Catón é un Doctrinal
Con un Arte manual,
E unas viejas Homelias:
E un libro de cetrerías
Para cazar quien pudiere,
E unas nuevas profecias
Que dicen que en nuestros días
Será lo que Dios quisiere (1).

E un libro de las Consejas
Del buen Pedro de Urdemalas (2),
Con sus verdades muy ralas
E sus hazañas bermejas:
E unos Refranes de viejas,
E un libro de sanar potras,
E un arte de pelar cejas,
E de tresquilar ovejas
E más muchas obras otras...

.....

(1) Estos dos versos puso Quevedo en la *Visita de los chistes* en boca de Pero Grullo.

(2) Creo que es la primera vez que se nombra en nuestra literatura á este personaje legendario. ¿Habría ya algún libro de cuentos relativo á él?

E unas muy buenas escalas
De maroma no muy gorda,
E una buena lima sorda
Para excusar alcabalas:
E un azadón é dos palas,
E un par de ganzúas buenas
Para poder hacer salas
E mantener grandes galas
Con las haciendas ajenas...
E dos ollas con un jarro,
E tres cántaros quebrados,
E cuatro platos mellados
Cubiertos todos de sarro:
E un buen salero de barro
Con media blanca de sal,
E una escudilla, é un tarro,
E por mesa un gran guijarro,
Por manteles un costal...

Por este estilo prosigue una larguísima enumeración, en la cual figuran, entre otras cosas,

Un silbato ó cornezuelo
Para llamar las vecinas,
.....
Unos dados é un tablero
Para sacudir el cobre,
Una vihuela sin son...
Unos naipes sevillanos,
Rotos ya de mil reniegos...

Es imposible leer esta *facecia* sin que venga inmediatamente á la memoria el *Petit Testament* de Francisco Villon, compuesto en 1456. La semejanza es visible, pero no puede sospecharse relación directa entre ambos poetas, que trataron, cada uno á su manera, y con la libertad propia de su humor respectivo, un lugar comun de la poesía de la Edad Media, cuya forma

más antigua de autor español creo que ha de encontrarse en los versos provenzales inéditos del trovador Serveri de Gerona, contemporáneo del rey don Pedro III.

El *Juicio sacado por Juan del Enzina de lo más cierto de toda la astrología* es la primera muestra que yo he visto de esas composiciones burlescas que con título de *Juicio del año* suelen estamparse en los almanaques. Páreceme que en esta donosa burla de las predicciones astrológicas y meteorológicas de los zaragozanos de entonces, tiró Juan del Enzina á tejado conocido y muy cerca de su casa, poniendo en solfa, como vulgarmente se dice, los pronósticos de un cierto maestro Diego de Torres, que, por rara coincidencia, á través de más de doscientos años, con su homónimo el festivo escritor salmantino de principios del siglo XVIII, era como él catedrático de Matemáticas en la Universidad, y hacía también almanaques y predicciones, según lo indica el rarísimo libro que dió á luz con el rótulo de *Medicinas preservativas y curativas de la pestilencia que significa el eclipse de sol del año 1485*. Fuera éste ú otro el astrólogo satirizado por Juan del Enzina, cuando dice

E por no perder el tino,
No me meto en los planetas,
En estrellas ni cometas,
Ni quiero tratar de signo...

no se puede negar cierta gracia á esta parodia, en que el poeta va ensartando todo género de perogrulladas:

Mas quiero, como supiere,
Declarar las profecías
Que dicen que en nuestros días
Será lo que Dios quisiere:

Porque nadie desespere,
Hasta el año de quinientos
Vivirá quien no muriere.
Será cierto lo que fuere
Por más que corran los vientos.

.....
E serán tiempos tan sanos
Quel placer será deporte;
Y estará el rey en la corte,
Y en la corte cortesanos.
Serán los hombres humanos
Por humanos que los veas:
Habrá tantos ciudadanos
Que todos los aldeanos
Morirán por las aldeas.

El que no se baptizare
No será de nuestra ley:
Reinará cualquiera rey
En el reino que reinare:
Y el cardenal que papare,
Si por dicha no se escapa,
Si á Padre Santo llegare,
Aunque pese á quien pesare,
No podrá escapar de Papa.

.....
Según los Evangelistas,
Los que estudian por saber
Estudiantes han de ser,
Juristas ó no Juristas:
Los filósofos é artistas,
Los teólogos sagrados,
Los honrados canonistas,
Los médicos é legistas
Serán, si fueren, letrados.

.....
En las partes de Oriente
Tanta luz el sol dará,
Que nacerá por allá
Primero que por Poniente...